



Mercado del Val. (Valladolid).

MEMORIA DE LOS SENTIDOS

■ LUIS MIGUEL DE DIOS

Fue un impacto seco, cálido, sensual, como el chorro de sangre que brota de una cuchillada. Me dejó inmóvil, paralizado, los músculos tensos, el cerebro girando hacia atrás desbocado. El griterío, aquel griterío tan alejadamente familiar; la mezcla de olores, sacada de un compendio de vida, llamativa, electrizante, casi autónoma, como si se hubiera desgajado de sus orígenes animales o vegetales para caminar por sí sola...

Todo era una conocida novedad, un hallazgo sabido, un descubrimiento mil veces repasado. Cerré los ojos para adentrarme con mayor fuerza en aquel universo turbador, en aquel semillero de sensaciones recuperadas. Me bastaba con oler y escuchar.

Me despertó de varios segundos de ensimismamiento la voz de una mujer joven.

—Señor, ¿le ocurre algo? ¿se marea?

Le dije, con la mejor de las sonrisas, que no, que me hallaba bien. Observé que sus ojos negros se volvían de vez en cuando para escudriñar la extraña actitud de un anciano de aspecto venerable varado en la puerta del Mercado del Val que da a San Benito.

Los jirones de niebla que retozaban junto a la mañana no hacían sino añadir un toque surrealista a la silueta, como se la proporcionaban al templo y a la hospedería que había dejado atrás minutos antes. (A toro pasado tengo que reconocer que la alarma de la



señora estaba justificada: mi gorra, mis cejas, las cuatro guedejas blancas de mi pelo y mi barba desordenada estaban cubiertas por motas de censella: la gabardina raída, los pantalones amplios, la mirada perdida... No era, sin duda, lo que se entiende por normal. La verdad es que no fue normal durante varias horas.

El impacto me había dejado anonadado, naufrago en un mar conocido, peregrino en tierra propia. Jamás pensé que pudiera sucederle algo similar a alguien curtido en cientos de bregas acostumbrado a casi todo. Entre el océano de golpes emocionales que estaba recibiendo, recordé la frase que gustaba decir al "Tío Pitarro" tras el primer sorbo de orujo: "con este clima y esta ciudad, los de Valladolid estamos vacunados contra todo; si vamos al ecuador, nos parece que no calienta mucho y, si nos llevan al polo, decimos que hace fresquito". Le di la razón muchas veces. Hoy, sin embargo, comprendí que la dosis no servía para casa. Sí me había alterado. Y mucho.

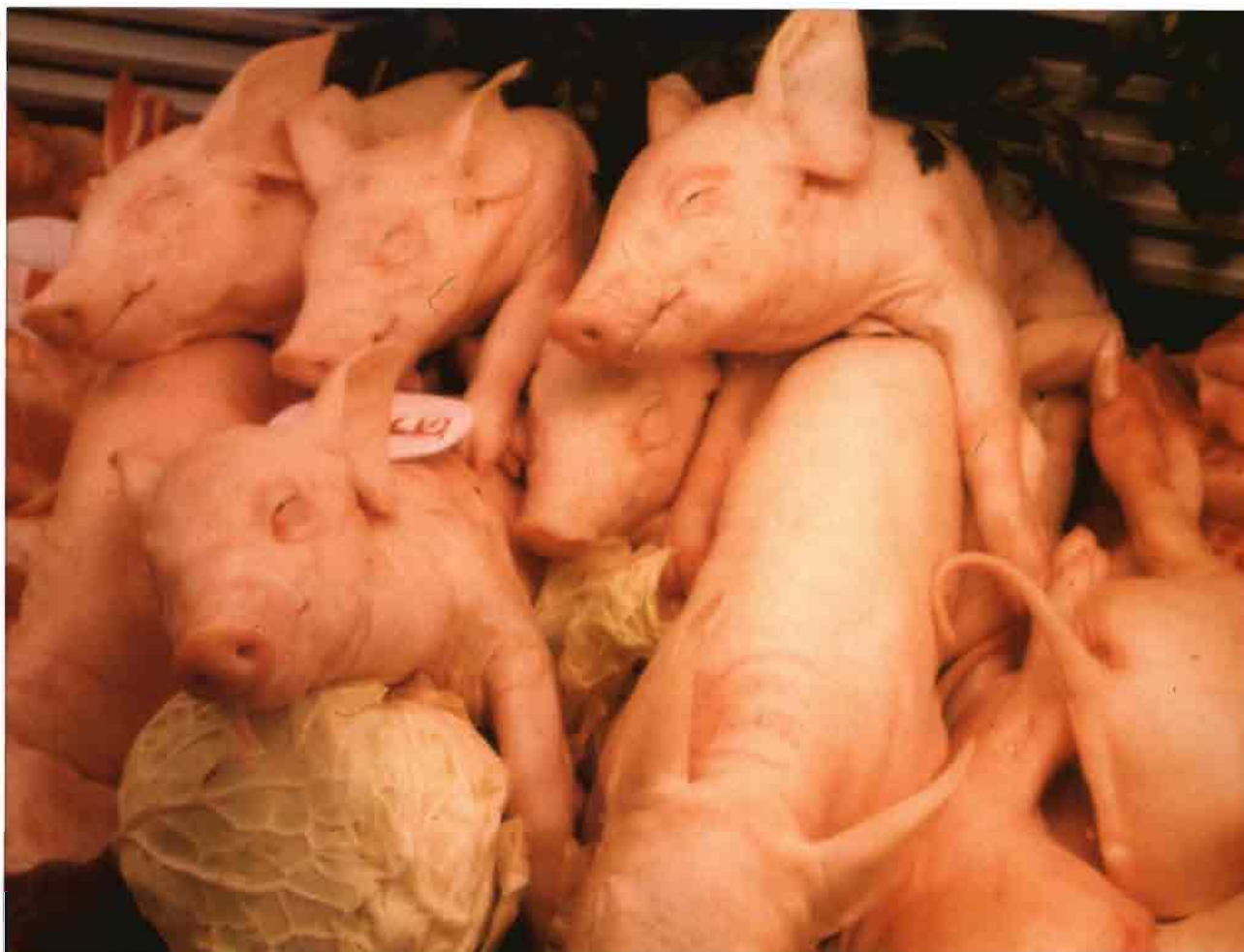
El Mercado del Val volvió a parecerme un inmenso embutido: alargado, con infinitos matices dentro de un color homogéneo. No había perdido vida ni dinamismo pese a los cambios. Cuarenta años se convertían en un simple suspiro, en un paréntesis intemporal.

Por unos instantes me sentí el adolescente que madrugaba para coger el carro y apilar cajas con las manos engañadas, los bolsillos vacíos y el deseo, siempre satisfecho, de toparme con otro grumetillo para soltarnos una parrafada sobre fantasías pasadas, presentes y futuras. Por entonces, todos andábamos entre los 12 y los 16 años. Eramos críos de los barrios, colocados por amistades paternas y por la necesidad, felices por llevar unas perras a casa y malhumorados por las broncas, la dureza de los madrugones, las tiritonas, los sabañones y la escasez. Recordé a "Peterete", que aseguraba que las mujeres parían por el ombligo; al "Mustio", que nos inició a

varios en la masturbación entre las choperas del río; al "Verdades", el mejor fabulador que he conocido, capaz de inventarse un viaje en tren a Barcelona y describirnos los barcos; al "Avispa", punzante e ingenioso, el primero que me bautizó como "Cerebritito" por mi afición a la lectura y mi tendencia a discutir de política incluso en los juegos más inocentes... Aparecían en mi mente mientras demoraba el caminar para seguir empapándome de aquel mundo recuperado.

Me detuve en varios puestos, temeroso de que el lenguaje, el trato, hubiera cambiado. Pero no. Allí también estaba mi universo: "tengo unas acelgas que se comen solas", "ni aunque recorra usted, amigo, el imperio austro-húngaro dará con estas patatas", "va-





mos, jefe, que si no coge estas naranjas se tirará de los pelos hasta el Juicio Final", "Ilévele estas sardinas a la parienta y verá como lo mima por saecula saeculorum".

Me sentía a gusto, sin nada que rompiera una felicidad plena, intensa, desconocida. ¡Quién me iba a decir a mí que alguna vez estaría de acuerdo con que la patria es la infancia! Pero ahí estaba, en los casi inmaculados delantales de las pescaderas; en los puestos minúsculos atiborrados de productos; en el misterioso orden que rige las pilas de frutas; en la legendaria habilidad de quienes descuartizan en cuestión de segundos una merluza o un pollo; en el maremagnum de voces, conversaciones, llamadas, en los lapiceros sobados colocados, casi como parte de la anatomía, sobre las orejas...

Hice un alto en el bar. No era el mismo, pero no me resultó extraño. Acodados en la barra se hallaban los que habían finalizado la tarea, los que se tomaban un pequeño descanso y un par de habituales. Caras

distintas para una misma filosofía vital. Hablaban del Real Valladolid; de lo mala que se va a poner la vida; despotricaban contra el Gobierno, aunque también había quien lo defendía y echaba la culpa a lo vagos que somos, a que aquí no trabaja ni Dios; falta de vigilancia; juraban que no votarían a los mismos ni a nadie porque van todos a lo que van y a los pobres que nos den por saco; ojeaban las esquelas del diario y movían la cabeza al toparse con algún conocido; arremetían contra los periodistas...

El túnel del tiempo me condujo una vez más hacia el pasado. Me vi en los corrillos donde, décadas atrás, hacíamos conspiraciones de tabernas, programábamos salidas en pandilla, nos cabreábamos si las noticias no coincidían con nuestra visión humana y política de la vida, criticábamos a los señoritos, las derrotas del equipo, la marcha de una ciudad provinciana, cerrada, asfixiante.

Por entonces yo era ya el "intelectual" del grupo, el "Cerebritito" que interpretaba los hechos por encima de



las versiones simplistas, el que andaba en movimientos obreros, el que recibía las advertencias de "cuidado, chaval, que siempre pagamos los mismos". Me llegaban quejas de otros dependientes, protestas de pequeños propietarios, broncas de los mandamases.

Todo quedaba aplazado para cuando hiciéramos la revolución, para la hora del pueblo. Casi sin pretenderlo, aunque ahora reconozco que me gustaba, pasé a ser el rojo oficial del Mercado. Contaban conmigo cuando había que organizar paros, sacar gente a la calle, saber si el Val podía sumarse a tal o cual huelga.

Me abandoné, definitivamente, a los recuerdos. No era ni nostalgia, ni dolor, ni placer, ni siquiera autoafirmación. ¡A mis años!. Era impotencia consentida. El ambiente del Mercado me arrastraba como a aquellos trozos de palo que arrojábamos a la Esgueva para disputarnos un botón brillante, un caramelo manoseado o las briznas de tabaco y el librito sustraído al abuelo.

Cada puesto era un fogonazo nuevo que alimentaba la corriente y me bamboleaba sin poder asirme a ningún saliente. Vi la fuente, punto de reunión obligado cuando había que buscar una disculpa para forzar la tertulia. "Tengo que ir por agua", "voy a beber". Un guiño cómplice y de los mostradores brotaban otros muchachos con cubos. ¡Cuántas aventuras amorosas inventadas, cuantos planes!, ¡tantas y tantas ensoñaciones sentidas, recreadas, muertas sin nacer, nacidas solo para ser contadas!. Ahí sí noté variaciones. La fuente se había trocado en simple zona de paso, ya no era espacio para la charla. Cosas de los tiempos, me dije, de los bares, quizás de cierta incomunicación, de que la gente prefiere pegarse a la tele, al transistor o a los cassettes antes que contar sus pesares al de al lado.

La reflexión duró solo unos instantes, los justos para que reparara en una figura arrugada pero altiva, vieja como la plata vieja, venerable como un patriarca indiscutido. El corazón me latió bastante más aprisa. Hasta ahora el reencuentro había sido conducido por las sensaciones, por un paisaje sin figuras conocidas,



hombres y mujeres que habían estado siempre allí pero con rostros anónimos.

Aquel anciano les ponía cara a todos. Era la hilazón definitiva, el espíritu del Val hecho carne. Vigilaba con ojos escrutadores todo lo que pululaba alrededor de aquel puesto eterno, situado junto a la puerta que se abre a la Plaza del Val. Lo identifiqué enseguida, como si fuera cualquier día de cualquier mes de los años treinta. El "Tío Zamparreales" seguía firme en su bastión, exactamente igual que cuando despistó a los agentes para que no pudieran seguirme. El, tan de derechas, como recordaba a cada minuto, me había librado de la detención y quizás de algo mucho peor.

Temí que no me reconociera, que a sus ochenta y muchos años le fallara la memoria, que se encarara con aquel otro anciano que iba a visitarle con el ademán que se guarda para los clientes desconocidos. Por eso me acerqué despacio, sin atreverme a saludarle, sin presentarme. Pero me engancharon sus ojos.

No pude apartar la mirada de aquellos surcos profundos, de las cejas pobladas, de las manos callosas. Me iba recorriendo un estremecimiento, como la memoria de una noche de amor, cuando escuché un vozarrón torrencial, un huracán.

—¡Coño!, "Cerebritito", ¿qué te trae por aquí?

Y lo dijo como si me saludase horas después de una despedida rutinaria, con la sencillez del que sabe que íbamos a volver a vernos, sin extrañeza, con familiaridad no fingida.

—¿Qué tal, señor Remigio? Le encuentro joven.

—¡Joder!, que fino te has vuelto. Llámame "Zamparreales", hombre, ya sabes que no me ofende. ¿O es que ya no te acuerdas?

No supe que responder. Tampoco hacía falta. El, con el laconismo de esta tierra, seguía allanando el camino.

—¿Dónde te has metido todo este tiempo? Por aquí se te ha echado de menos, aunque sólo fuera para que alguien te llevara la contraria porque estos de ahora, ni para discutir valen. Claro que para lo que ha habido que discutir.

—He andado por ahí, "Zamparreales", (y la palabra me siguió sonando a ofensa). Es largo de contar. Francia, Argentina, Venezuela. Han sido casi 40 años. Da tiempo a todo. Hasta me he hecho viejo.

—¡Hostias!, pues sí has corrido tú. Y ¿qué hay por el mundo? Ya me contarás, porque me imagino que te quedarás por estos andurriales. Uno no vuelve a Valladolid solo para saludarme a mí. En cuanto acabe con cuatro bobadas que me ha encasquetado el chico nos vamos donde la cantina del "Cencerro" y le pegamos al clarete. Tiene un vinillo de Cubillas que quita el hipo. Porque tú habrás corrido mucho pero morapio



como el de aquí, seguro que ni flores.

Se había vuelto locuaz. A él, se le notaba, también le gustaba recordar.

—Gracias, pero tengo mucha prisa. He venido sólo por un par de días. Me voy esta tarde y quería hacer otras cosas.

Hizo un gesto de contrariedad y me tendió la mano.

—Como gustes, “Cerebrito”. Ya sabes donde nos dejas. Con Dios, hombre.

Salí a la calle, pero un impulso me hizo retroceder. No podía despedirme así de un mercado que volvía a ser mío. Esperé que “Zamparreales” no mirase y retorné por la otra galería. Caminé relajado, satisfecho, ahito de una paz interior que parecía olvidada. Sin embargo, al compás de nuevos gritos, olores recuperados, rostros que ya me decían algo [aquel tiene que ser hijo de la “Cuchi Cuchi”, es clavado a ella; ese se parece al “Mandangas”; leches, esa es la Tía “Ay Dios”...] me fue brotando una comezón que me laceraaba el alma.

Tuve ganas de llorar, de meterme en algún puesto a descargar cajas, de vocear que allí estaba “Cerebrito”, pobre como se habla ido, de descargar algún puñetazo en las paredes de tablas, de comprar algo... Me subían borbotones de sangre a la cabeza, me temblaban las piernas en una simbiosis de rabia, miedo, dolor, felicidad y tormento. Huí despavorido, sin volver la vista hasta que aterricé en la Plaza de la Rinconada. Entonces giré los ojos. Entre la bruma, el Mercado del Val estiraba los brazos hacia mí. Con la punta de la bufanda me sequé dos lágrimas solitarias.

La Estación del Campo Grande tampoco estaba muy cambiada. Más limpia, más ordenada, moderna, pero con idéntico sabor. Del bar salía un vapor denso, caliente, fácilmente reconocible. Tomé un café mien-



tras repasaba la experiencia de la mañana. Las grietas interiores se habían agrandado hasta amenazar con derrumbar mi almacén vital. Tenía el estómago aplastado, la boca reseca, la cabeza, al borde del estallido. El tren hacia Madrid salía dentro de quince minutos. Noche en la capital, nuevo tren hasta Alicante, taxi a la residencia... Me desagradaron las perspectivas.

De repente, me vino una de esas bofetadas viscerales que antaño me alarmaban tanto porque rompían, o eso me parecía, mi deseada racionalidad. No quise reflexionar más y me dejé llevar por el ciclón. Rompí en pedazos el billete.

Al otro lado del teléfono, la voz del Tío “Zamparreales” sonó como un estruendo. Me saludó sin emociones, como si me esperara.

—“Zamparreales”, ¿hacen unos vasos donde el “Cencerro”?

—Que hacen, chaval.



LUIS MIGUEL DE DIOS.

Periodista. En la actualidad es Director de “El Mundo de Valladolid”.